

Ofelita

FRANCISCO JOSÉ HERNÁNDEZ MATA

*“Cuando veo niños así, no puedo evitar pensar en un Mozart asesinado.”
Antoine de Saint-Éxupéry.*

Eran como las nueve de la mañana, el sol afuera brillaba con fuerza; era uno de esos días que queman tanto la piel como el alma. Un día esplendoroso, pero adentro, la temperatura era fresca gracias al aire acondicionado: la habitación era blanca y muy amplia, seguro dentro de algún edificio construido a principios del siglo XX en la Zona del Canal de Panamá, pues el cielorraso era muy alto y muy limpio, ese tipo de limpieza que se pega al cuerpo. El olor a medicamentos era inconfundible, por eso cuando Ofelita abrió sus ojos se dio cuenta de que estaba en la cama de un hospital. Sentía su cuerpo sumamente pesado, como si hubiese estado en el gimnasio dos días completos sin parar. No hizo el menor intento de moverse, no tenía hambre y en su boca sentía un sabor amargo, la garganta por dentro le ardía hasta el estómago, posiblemente me han hecho un lavado de estómago, pensó para sí: *-¿Qué putas me ha pasado? No me acuerdo ni mierda de nada. ¿En dónde mierdas estaba yo metida?*

La puerta de la habitación se abrió y apareció una mujer de mediana edad, de estatura media, ojos pequeñitos muy azules, delgada e impecablemente vestida, toda de blanco, con una pequeña cofia en su cabeza, su nombre era Albertine Henderson. Se acercó a la cama y habló seguidamente:

Mrs. H. -Good morning, lady. I am Mrs. Henderson, the registered nurse and a social worker, who has been assigned to your case. You do speak English, don't you?¹

O. -Perfectly Mrs. Henderson. Can you be so kind as to tell me why I am here?

Mrs. H.-You tried to commit suicide . . . with many pills. You were this close to dying, but you were lucky. You were brought here by some soldiers, who found you by the roadside two days ago. This is the Panama Canal Zone military hospital. I understand you are married to Mr. John Newtome, and American citizen.

O. -*Yeah, that piece of shit . . . Where is him? Is the bastard in hell already?*
 Mr. H. -*I would like to ask you to avoid using inappropriate language here.*
 O. -*Whatever. . .*
 Mrs. H. *There were some identifications in your pockets, but I need to ask you some other questions: -Are you an American citizen?*
 O. -*I wish I were. I intend to, some day. I am Costa Rican.*
 Mrs. H. -*I see. Where were you born?*
 O. -*In San Jose.*
 Mrs. H. -*California?*
 Mrs. H. -*Lady, are you dumb or what? I told you I was born in Costa Rica. Did you ever learn any geography in school?*
 Mrs. H. *Mrs. Newtome, you're making this very, very difficult.*
 O. *Well, tell them to send someone smarter. . .*
 Mrs. H. -*Do you have any profession Mrs. Newtome?*
 O. -*The oldest one lady, I am a bitch, a slot, a whore; call it the way you want it.*
 Mrs. H. -*I see. Where did you learn your good English?*
 O. -*Where else? Fucking rich gringos around.*
 Mrs. H. -*Mrs. Newtome, I am afraid you are going to have to put off this conversation for some other time. Perhaps tomorrow, when you feel better.*
 O. -*As you wish . . . Thanks anyway lady, I'm sorry, but I feel rotten, and I don't remember anything. I don't want to answer any questions now.*
 Mrs. H. -*Good bye for now, Mrs. Newtome.*
 O. -*Thanks.*

Ofelita no entendía nada, no sabía por qué estaba en un hospital de la Zona del Canal. Lo último que recordaba era que había ido, en un fin de semana, a comprar algunas cosas a la zona libre de Golfito, con el borracho y drogómano de su sexto marido, John Newtome. Su vida era todo un desastre, el gringo con quien se había casado tenía como cuarenta y nueve años, pero parecía tener setenta y cinco. Su vida era nada más gastar el mucho dinero que tenía, tomar licor y drogas de todo tipo, y follar todo lo que su próstata le permitía. Ella a ratos la pasaba muy bien con él, al fin y al cabo era muy simpático y a ratos generoso, pero en otros, simplemente se quería morir del asco, de las cosas que él le hacía. Estaba tan sola, tan abandonada de todos y hasta de Dios. Meditó un momento y lo pensó bien y se percató de que no era así, que estaba siendo injusta: Dios era el único que todavía la protegía. Cerró sus ojos y gruesas lágrimas corrieron por su lindo rostro.

-*Señor, perdóname, pero tengo tanto miedo. Our Father Who art in heaven ... -Qué hijueputa más bruta y vendida soy, rezando en inglés. Debo de hacerlo como Dios manda, a la larga me lo va a reclamar después, algún día, cuando me palme: -Padre nuestro que estás en los cielos ... -¡Qué rico sabe rezar en castellano, como me enseñó mi mamá! -¿Dónde estará mi mamá? Si me viera aquí en este estado, seguro que se muere. Jueputa vieja más tonta, la cabrona, cómo se olvida de mí.*

Ofelita era en verdad una mujer bella: su cara casi perfecta, de tez blanca, con facciones de ángel, la nariz, se podría decir que un tanto larga, le daba un aire de distinción, como de dama de la nobleza europea nórdica. Su cabello era lacio, de tono castaño que al sol daba tonos dorados suaves. Era de esas mujeres que nacieron con estrella, pero torcida. Era muy gustada y perseguida por los hombres, sobre todo los viejos y con mucho dinero. Un día se fue a vivir a Estados Unidos en busca de su salvación, pero aquello siempre resultó un “mierdero”, no importa en dónde estuviese. Los años y la compañía de caballeros adecuados le enseñaron mucho. Un acostonazo con un presidente le deparó un consulado en Europa, en donde se acostó con un cuerpecito: el diplomático. Allí aprendió a refinarse mucho, así como a generar un gusto por todas las cosas finas, la buena música, la pintura y la arquitectura, de la que hablaba con estudiada maestría. Además de los hombres ricos con educación desarrolló un gusto y estilo por las joyas, los vestidos, que los tenía por cientos, y los zapatos, que no tenía ya lugar en donde meterlos. Paul Valéry dice que *“Una [mujer] sola, siempre está en mala compañía”*. San Agustín dice algo parecido en **Confesiones**. Su vida, lejos de encontrar paz, se llenó más de dolor, la depresión aumentó. Esa existencia disipada la carcomía por dentro: por eso en la búsqueda de un alivio, se aficionó, además de los muchos hombres que ya tenía, a otros más que le trajeron dos cosas fatales: el licor y todo tipo de psicotrópicos, los que conseguía con gran facilidad, dado su encanto. No había médico que se le resistiera a recetárselos, todos, sin excepción terminaban a sus pies y con una receta en sus manos. Ella estaba muy consciente de ello, lo sabía bien, sobre todo cómo usar ese encanto. Todo en su vida siguió lleno de vanalidad y al final de sus años, no tenía un cinco partido por la mitad, ni cama en que caer muerta, sólo un ropero como el de una artista de Hollywood. Lo que piensa Sábato sobre la superficialidad del hombre y la mujer de hoy: *“Tenemos que reaprender lo que es gozar. Estamos tan desorientados que creemos que gozar es ir de compras”*.² Tenía muy malas costumbres: prácticamente dejaba en la calle a los maridos, entonces ellos salían corriendo y la dejaban sola, aumentando así el dolor de su existencia. Con alguna frecuencia sustraía algunos objetos valiosos, los cuales conservaba, perdía o regalaba. Era solamente el deseo de hacer el daño. En cuanto a su supuesto suicidio, meditó sobre ello muy bien: estaba casi segura de que esta vez no se había tratado de suicidar, ni siquiera lo había considerado. Anteriormente sí lo había hecho en cuatro ocasiones anteriores, con premeditación, pero no ahora. Pensó que seguramente John la había hecho ingerir más pastillas de las que podía tomar sin poner en peligro su vida. Era la coartada perfecta para deshacerse de ella: era borracha y drogómana, y por lo tanto, se había excedido en la dosis que se la llevó de este mundo. La policía no dudaría un momento en pensarlo de esa manera. Pero su organismo era más fuerte talvez de lo que ella misma imaginaba, o no le tocaba morir y sobrevivió.

Semi incorporada en su cama de hospital, blanca y limpia, recordó, despacio, como quien saborea su dolor como si fuese una copa de Benedictine, no dulce sino amarga y fuerte de alcohol. Recordó su infancia, su dolorosa infancia. Su tía abuela, Ángeles, que tanto la quiso, le había contado una vez cómo, cuando vivía

con sus dos padres en Cariari de Guápiles, a la edad de dos años, dormida, ella lloraba y hablaba en sueños, en medio de aquel calor sofocante: decía que quería comer “frijolitos negros”. Sintió un golpe en su pecho y se preguntaba por qué en las cuatro veces que intentó matarse no había tenido éxito. Su mamá un día no podía hacer más de lo que hacía; León, su hermano que la seguía, ya venía de camino. Entonces, Anacleta, su madre, un día de tantos decidió abandonar ese inhóspito lugar y se vino para San José, a la casa de su madre, Josefa. Allí, ella, mujer de un corazón inmenso, los recibió, incluso con el vagabundo de su padre. Les dio una habitación para que vivieran. Anacleta buscaba desesperadamente un puesto en alguna oficina de gobierno: no podía más con esa vida de pobreza, su marido no le daba lo suficiente ni para comer; la necesidad la asfixiaba cada día además de los golpes y gritos de su esposo cada vez más frecuentes. Al fin logró Anacleta el tan deseado puesto. Eran épocas difíciles, el dinero no tenía mucho valor adquisitivo y los trabajos seguros y con posibilidad de surgir, sólo los daba el gobierno. Al recibir un sueldo, su vida tuvo un respiro. Logró conseguir que le dieran una casita en una urbanización del INVU.

La niñez de Ofelita, por un tiempo largo, fue un tanto plácida: recordaba entonces el amor de su abuela, la ternura con que la trataba y el amor de toda la familia en derredor: sus tías, sus primos, el viejo barrio del centro de la ciudad de San José. Crecía cada día más linda, pero nada así de bueno dura para siempre.

Llegó el momento de entrar al colegio, por supuesto al Colegio Superior de Señoritas, en el centro de San José. Linda se veía con su uniforme nuevo, su camisita de rayas y sus medias negras, todo un primor. Con ella vino también la pubertad. Para ese entonces sus dos hermanos menores estaban ya en la escuela. León, el mayor, quien se parecía a su padre, era feo como él, pero un gran muchacho en el fondo. El menor, Jacinto, era lindo, con mucha estatura para su edad y un pelo “acolocado”, de personalidad medio loca como pocos. Pronto hubo Ofelita de dejar el colegio, pues la cosa económica se puso mal. Su madre, que pagaba la mensualidad de su casa, se vio un día desahuciada por el INVU. El susto no tuvo comparación con nada. Se fue a averiguar: resulta que ella le había dado religiosamente el dinero al marido para que fuera a pagar y el muy sinvergüenza se lo gastó. Con lágrimas en los ojos, se fue a pedir un préstamo a una cooperativa y, bruta al fin, no escarmentó nada y volvió a mandar al irresponsable del padre de sus hijos a pagar, con la recomendación de que si algo pasaba, los tiraban a la calle. También ese dinero desapareció de igual forma. Sólo Dios, que no abandona a sus hijos, salvó a esa familia de irse a vivir debajo de un puente. Ofelita, linda como una flor, veía todo esto y sufría como nadie ante esta situación. Hubo momentos en que no pudo ir al colegio: sus cuadernos habían desaparecido, su padre se los había robado para venderlos. Un ser sensible e inteligente como ella, en el fondo muy débil e inexperta, fue cayendo en manos de ciertos individuos que la comenzaron a corromper. Su padre, el peor de todos, le llevaba hombres y se cobraba su comisión. El demonio de las cosas feas ya había empeorado su situación personal, cuando su tío, hermano menor de su padre, poco a poco, había ido violando, primero a ella y luego a sus dos hermanos, produciéndoles lesiones en el alma que hoy día no se han cicatrizado. Cuando el

hermano menor le contó a su abuela paterna, madre también de su tío violador, ella cogió una botella de vidrio y se la quebró en la cabeza, por mentiroso, claro está, dejándole entonces una gran herida. Al recordar esto, las lágrimas de Ofelita aumentaron profusamente; la enfermera, Mrs. Henderson, que la observaba en silencio detrás de la ventanilla de la puerta de la habitación, se conmisera de la pobre muchacha:

—*Poor little thing!*³ Pensaba la buena y antiséptica mujer.

Pasaron los días y ella seguía en el hospital militar, bajo el ojo avisor de la enfermera Henderson. Un día vino por ella a Panamá, su hermano menor, Jacinto, desde Barcelona, donde vive y tiene una medianamente próspera empresa. Allí casó con una muchacha catalana muy buena; logró formar su hogar y hasta casi los cincuenta años, logró armar finalmente las piezas de su vida espiritual y mental. El otro hermano, León, se había escapado en un barco; se estableció en Londres, después de haber casi finalizado una carrera universitaria en microbiología en su país. En Londres, se dedicó, como ilegal que era, a lavar los trenes del metro, todas las noches, hiciera frío, calor o nevara. Allí vive todavía, casado con una mujer rumana. Ahora es católico ortodoxo, fanático y sobrevive a duras penas, con la esperanza de ser algún día, “súbdito de su Majestad”.

Cuando Jacinto llegó al hospital encontró a Ofelita tirada en su muy limpia cama. Cuando ambos se vieron, se saludaron. Ofelita rezaba el rosario usando sus dedos como cuentas e interrumpió su rezo para decirle a Jacinto:

O. -¿Qué putas estás haciendo vos aquí en Panamá? Supongo que ya venís a estrilar, hacerme la vida a cuadritos y emputarme la vida. No estoy para regaños, sobre todo de vos, que sos tan cabrón conmigo.

J. -¿Cabrón yo con vos? ¿Te imaginás la cantidad de dinero que he gastado viniendo desde Barcelona a sacarte de aquí? ¡Mirá, cabrona, andate a la mismísima mierda! ¡La próxima vez que se te ocurra matarte, hacelo bien, de una vez, tirate de un puta puente, bien alto, no para que te laven las tripas y sigás viviendo! ¿Qué estás haciendo con los dedos?

O. -¿Qué más, rezando el rosario?

J. -¿Cómo así, vos rezando el rosario? ¿Qué, ahora sos beata?

O. -No, solamente que jóvenes putas, viejas rezadoras... nada más, así de simple. Me hace sentirme bien por dentro. ¡Vos, como sos un hereje no entendés ni mierda de esto, cabrón!

J. -Lo puta no se cura rezando.

O. -Nadie anda buscando curarse...

Jacinto estaba rojo de la rabia, y como es moreno, se veía morado. Pensaba en lo desgraciada y malagradecida que era su hermana. Él siempre había tenido que andar detrás suyo, soportarla cuando se hospedaba en su casa, le robaba objetos valiosos y se tomaba todo el vino. Un día de tantos, amaneció dormida en la sala de la casa, con seis botellas vacías de vino a sus pies. Pero a pesar de todo, él era un hombre muy bueno, muy mal hablado como ella, pero de corazón grande, siempre terminaba perdonando a sus parientes desorientados.

Jacinto le contó que alguien, que habló en inglés gringo y no se había querido identificar, le había hecho una llamada anónima para decirle que Ofelia Newtome, su hermana, estaba en el hospital de la Zona del Canal, en la morgue, muerta por una sobredosis. Por eso llamó inmediatamente por teléfono, y en la información del nosocomio, le dijeron que no estaba muerta, pero que tenía varios días inconciente en una cama, efectivamente por sobredosis de barbitúricos y había que esperar, pues había arribado muy mal, casi muerta. Reunió cuatro cosas en una maleta y tomó el primer avión para Panamá.

O. -Mirá, mae, yo no me he tratado de suicidar. Estoy segura que fue ese "piece of shit" de mi marido que trató de matarme. Estoy muy segura. En el último año he estado triste, pero no tanto como para querer matarme. Además, la enfermera me dijo que había identificaciones en los bolsillos. Yo jamás hago eso, poner cochinas en los bolsillos es algo que haría una vendedora de chances, no yo.

J.- ¿Estás segura? Vos sos medio loca y nunca sabés ni dónde estás.

O.-Tan segura, como que me llamo Lady Ofelia.

J.-Dejate de mierdas ¡"Lady Ofelia", jah, jah! ¡Una pola de una ciudadela del INVU! ¿Te estás corriendo?⁴

O.-No, no me estoy corriendo, pero me dijo un mae inglés por allí, me dijo que me llame "Lady Ofelia" que tiene más clase, que suena más shakespearano y que yo parezco una dama inglesa de la nobleza...

J.-En muchas carajadas sí, tu "look", pero en otras sí te estás pareciendo mucho a la Ofelia de Hamlet... muy adecuado en tu caso, creo yo, casi te lo aseguro...como que me llamo Jacinto.

O.-Sí, no importa lo que digás, pero me seguiré llamando así, me cuadra como suena "Lady Ofelia", pronunciado así, con "i".

J.-Vamos a tener que recurrir al FBI para agarrar a ese hijueputa de tu marido...

O.-¿Para qué? ¿Por mí? ¿Vos creés que van a gastar pólvora en zopilote? Vea, Güevos, sacame de aquí ya y llevame a casa, por fa, es lo único que necesito.

Así salió finalmente Ofelita del hospital, débil y pálida. En el ínterin, su marido supo que estaba viva y se había desaparecido de Costa Rica, por miedo al FBI. Nadie nunca supo qué le pasó. Muerta de necesidad y de hambre, su madre la aceptó en su casa, de la misma manera que su abuela las había recibido cuando Anacleta vino con ella, y ella era una niña de dos años, que "soñaba con frijolititos negros". Se repetía una vez más la historia, con muchos años de diferencia. Por fortuna, su abuela ya había muerto. En casa de Anacleta recuperó su salud física, se volvió a poner bonita y a llenar sus carnes. Los bellísimos vestidos, que en un principio le quedaban muy grandes, pronto le estaban muy apretados. Pensó que si vendía algunos lograría un poco de dinero, pero a la vez se preguntó quién en ese mierdero de Tibás iba a comprar ropa de tanto valor, lo más que le darían sería una mierda. -Prefiero dejarlos aquí y seguir comiendo mierda, ya he comido mucha anteriormente, un toque más no va a hacer la diferencia.

Con todo lo que le pasó no aprendió nada; comenzó a salir de nuevo con ciertos señores, diz que necesitaba dinero, y claro, el vino rojo y pecaminoso hizo de

nuevo su papel mediador (ella era aficionada al buen, muy buen vino y al champán, pero del más caro). Pronto hubo de ir al EBAIS, necesitaba urgentemente de sus pastillas famosas y otras para la colitis de película que le dio. Un médico psiquiatra, excelente, la trató con mucho éxito y la tuvo, por un tiempo, muy bien. Pero nada dura cien años, los males y sus locuras siguieron peor. Volvió a viajar y se fue al Canadá, en donde vive su padre, que es súbdito británico y tiene una habitación que le dio el gobierno para vivir, por “haber mostrado valor y salvar a unos niños en un incendio”. Le detectaron un cáncer en la cabeza, y ya había tenido un principio de infarto, que resultó ser un estreñimiento crónico. Le pasaron mucha, mucha agua en un lavado que le hicieron de sus intestinos y lo curaron. Probablemente esto lo hizo recordar cómo, cuando joven, solía ponerse “enemas”: bajaba al servicio sanitario que estaba en el primer piso, con todo el equipo para hacerse la operación, feliz, como quien practica un deporte. Nunca nadie supo qué pasaba exactamente dentro de ese sanitario, pero mil cosas se dijeron entre muchas risas y chistes en toda la familia y hoy todavía subsisten algunos relatos, que en reuniones familiares son el cuento de rigor cuando se refieren “al hombre de la lavativa”. Además de todas sus negativas virtudes, como que fue hombre hartado degenerado, se acostó con muchas mujeres de la familia, y no respetó uniones ni carnales ni políticas. Según dice Anacleto, su mujer, era el más grande “polvo de gallo” de la historia. Ella misma no se explicaba cómo pudo tener sus hijos con él. “¡Qué ironías tiene esta vida!” Siempre tuvo fama de ser irresponsable, mal padre, mal proveedor de su familia, pero sí se le abonaba su simpatía, espíritu de cooperación sin límites, lo que hacía que muchos no creyeran la clase de firma que era.

Ofelita tenía una hija, de uno de sus tantos matrimonios, infortunada muchacha que vivía lejos de este país, y al igual que su madre era de disipadas costumbres, pero a diferencia de Ofelita, que era noble y buena, ésta era una tipa punk, con tatuajes, drogas muy fuertes y compañías muy, pero muy peligrosas. “Cantaba desde su miseria” como un alma feliz, tal como lo dice Sábado. Se contaban algunas cosas de ella: sucede que hay un bar, al este de San José, frecuentado por algunos hombres de mediana edad, pensionados la gran mayoría, otros aficionados a los buenos automóviles, a la lectura selecta y todos a la música de jazz, el elemento en común que allí los reunía. En ese bar, la hija de Ofelita, que se llama Nicole, tenía su muy “buena fama”. Los tipos allí la habían bautizado como la “Marsalis”, en honor al gran trompetista norteamericano, Winton Marsalis, ídolo de muchos allí por la calidad de su música y lo académico de sus ejecuciones. Allí la niña, en ese entonces ya adolescente, realizaba sus incursiones en ese mundillo y aprovechaba, en variadas ocasiones, para dar sus recitales a más de uno, dejándolos, no sólo muy complacidos sino con deseos de que tal audición musical se repitiese.

Ofelita, dentro de su corazón, seguía como un alma pía, el mal no le tocó lo bueno que siempre tuvo. Frecuentaba algunas iglesias, pues allí encontraba, en el silencio de los templos, a veces no católicos, o en las ceremonias religiosas, tales como la misa dominical, o alguna prédica de una iglesia protestante, un descanso a sus angustias existenciales. Después de todo, el resto de su familia siempre, no sólo fue buena, sino piadosa y amante de Dios y la Santísima Virgen.

Ofelita seguía con el rezo fervoroso del rosario cotidiano; se mantenía fiel a la Santa Madre, a pesar de que sus hermanos se habían ido a otras denominaciones y la conminaban a unírseles, “*esos hijueputas son unos traidores*” decía a veces y en otra reconocía que les había hecho muy bien el cambio. Asistía a todas las ceremonias, como era su costumbre, sencilla, pero elegantemente vestida, jamás pasaba inadvertida, aun para los menos observadores. De no estar en la calle o dentro de algún templo, pasaba mucho tiempo de su vida dormida, pues las pastillas que ingería en cantidad comercio-industrial la mantenían desconectada y muy frecuentemente atontada. Leía de todo con voracidad, sabía que si no lo hacía sería, además de todas sus cosas negativas, una ignorante retrasada. Eso no se lo podía permitir, le había costado muchas experiencias, mucha lectura y aprendizaje obtener todo cuanto sabía. En muchas ocasiones, medio drogada, se fue de cabeza sobre los libros, y con todo y ellos, a veces pasó recto hasta el suelo, donde permaneció la cabeza en el suelo y el cuerpo en la cama, por muchas horas. La levantada al día siguiente, con la generosa ayuda de alguien, significaba un dolor de cuerpo y de cabeza de antología.

Un día de tantos, amaneció de buen talante, se despertó temprano, se bañó como siempre y se arregló muy linda. Salió a la calle y caminó, hablando entre dientes y “cagándose” desde el presidente de la república hasta en el último de los munícipes, pues las aceras y las calles tan malas le rompían sus finas zapatillas de muchos cientos de dólares. Ese día era un martes triste y llovía. Aun así, se puso un lindo sombrero, un impermeable fino con cuello de piel. Salió de su casa con una sombrilla finísima. Hablando sola se dijo: *-Today, Lady Ofelia, will paint the town red.*⁵ Cuando llegó en un taxi al centro de San José (jamás viajaba en autobús), éste se detuvo frente al Parque Central. Le daba mucho miedo manejar en San José, temía que la mataran, pues ella solo manejaba en países civilizados con mucho orden; además había vendido su carro. En ese momento, las feas y pequeñas campanas que le pusieron a la Catedral Metropolitana, después de la restauración, sonaron. Eso hizo que Ofelita sintiera deseos de entrar en la Catedral. Allí, se hincó primero y luego se sentó de pierna cruzada y bien agarrada de su enorme cartera Christian “Pior” como solía decir a menudo, por molestar; ella también habla y traduce del italiano, francés y alguna otra lengua por allí, que no recuerdo bien, pero a veces se ha ganado unos cuantos dólares en esos menesteres. Rezó entonces, con sus ojos entornados: cualquiera que la viera diría que estaba a punto del éxtasis. Súbitamente hubo un fuerte acorde del gran órgano. Saltó de su asiento muy asustada, como si la hubiese empujado un gran resorte. Miró hacia arriba, al coro, pues no se imaginaba siquiera que la Catedral tuviese un instrumento que sonase tan lindo y con tanto volumen. Se quedó ida viendo y escuchando la música. *-¡Qué cosa más bella! ¡Ni siquiera me imaginaba que algo así podía estar allí y sonar tan bien, y lo mejor, en vivo y a todo color!*

Después de un rato, cansada de oír acordes, a veces muy mal ejecutados, pensó que era ya hora de irse, y al salir, accidentalmente, se tropezó con el paraguas y dio, fuertemente, con su cabeza en el reclinatorio de la banca y se vino al suelo. No se rompió nada, pero todo le dio vuelta y perdió la noción del tiempo, de todo, quedó inconsciente. El ruido del órgano no permitió que otros en la iglesia

oyeran el golpe y su caída. Cuando al fin, sin que nadie fuese en su ayuda, logró incorporarse, vio que todo era muy diferente. La Catedral ya no era la iglesia en que estaba, ahora era la Biblioteca Pública de Nueva York. Salió al frontispicio y cuando bajaba las gradas, notó que los dos leones a ambos lados no estaban allí. *-¡Qué raro todo! ¿Dónde demonios los habrán llevado?* Seguía sin reconocer nada de nada, sólo entendía inglés y español.

Caminó hasta la esquina, dobló sin rumbo hacia el este. Absorta, como si fuese un fantasma, seguía sin ver nada que tuviera sentido en su propia ciudad, sólo sabía bien su nombre: Lady Ofelia. El celular sonó dentro de su cartera, lo vio y como no reconoció el número de Anacleta, optó por apagarlo. *¿Esto debe de ser una parte del barrio latino de Nueva York? ¡Qué gente más fea, qué suciedad más grande y qué desorden! Tenían que ser latinos para ser tan cochinos...* Pensaba mientras caminaba con su elegancia habitual.

En su andar llegó a la cuesta de la Asamblea Legislativa. Allí dos hombres relativamente jóvenes se le acercaron cuando la vieron mirando para todos lados como perdida; les llamó la atención la elegancia y lo bonita que era. Se identificaron y le dijeron que eran dos diputados, que si podían hacer algo por ella.

O. -Soy Lady Ofelia y ando sin rumbo, sin reconocer a nadie, ni siquiera saber en dónde estoy.

Los hombres se volvieron a ver, extrañados, sin entender lo que le pasaba.

D. -Señora, nosotros somos diputados de la Asamblea Legislativa, de aquel edificio que está allá.

O. ¡Umjú! Diputados, supongo que eso es Congressmen. ¿Tan mal les pagan a ustedes dos?

D. -¿Por qué?

O. -Es que andan tan mal vestidos. Yo podría recomendarles un muy buen sastre, es italiano, ya viejo y vive en New Haven, Connecticut. Les cuento que vale la pena echarse el viajecito hasta allá donde él, pues además de cortarles bien sus ropas les ayudaría con su imagen, eso se los aseguro. ¡Vean qué corbatas más feas y pasadas de moda y hasta con salsa de tomate! Con esa facha no les van a pasar ninguna ley, de eso estoy segura. ¡Qué horror!

D. -Perdone, señora, pero eso a usted no le importa; además las personas valen por lo que son, no por lo que traen puesto.

O. -No lo crean. ¿Cómo se dice?... Ya, el hábito ayuda al monje, o algo por el estilo. -La verdad es ¡Qué putas, a mí que me importa lo que se pongan un par de polos! ¿Díganme cómo llego hasta la 110? ¿Eso está cerca del parque que tiene la estatua del General Grant? Allí vive María, una tía mía, casada con un irlandés, un gran hijueputa, por cierto.

D. - ¿De qué está hablando, señora?

O. -Tan tontos son que no saben ni dar una puta dirección. Mejor aléjense de mí, par de hombres sin clase, mal vestidos y tontos.

D. -Vieja hijueputa, la estamos tratando de ayudar y con las que nos sale, esta mae está toda "rayada", eso si no está bien "pijeada". ¡Jalá de aquí, cabrona gringa!

O. -Gringa la puta que parió a cada uno, unkind people.

Ofelita continuó sin rumbo. Sucede que cuando estuvo en la Catedral, el canto de la tubería del órgano y el gran golpe que se dio en la banca fueron los dos detonantes que le abrieron una nueva puerta en la vida, de manera similar a Eveline, el personaje de Joyce, la que iba a abordar un gran barco, en el puerto de South Hampton en Londres, para venir a Argentina escapada con su novio; llena de terror se agarra de la baranda de metal en el muelle y pierde su juicio, pues queda como petrificada ante la realidad. Ofelita, por el contrario, entra en el mundo de la estulticia, por la puerta grande, airosa, con el estilo que la caracteriza y lejos de ese inframundo de dolor y soledad en que vivía, siempre elegantemente vestida, claro está. Allí, la locura la recibió con las manos abiertas y la salvó de morir físicamente. La locura es, en muchos casos, un excelente medio de escape para aquellos que no tienen aparente salida. No quedó momentáneamente “petrificada” como Eveline, asfixiada por su sufrimiento ya insostenible, pasó entonces a otra dimensión, a la negación de la realidad y todo lo que la maltrataba. Hoy Ofelita camina, elegantemente vestida, por los campos cálidos a veces, muy fríos otros, de una propiedad, una finca de Santiago, su primo hermano, que generosamente, como es su costumbre, tiene arriba, a un lado del paradisíaco camino al Volcán Poás. Ofelita conversa con sus amigos imaginarios y arregla el mundo de todos sus males, la política, el mal gusto y lo bueno con las modas de cada estación. Ella ve con frecuencia estaciones foráneas en la televisión por cable. Casi siempre habla en inglés, francés o italiano. Evita hablar en español, todo lo que hay allí en ese idioma, excepto rezar, sólo fueron agresiones; entonces evita hacerlo. En épocas de frío, dice que no hay como el clima de “up state” New York. Como siempre, Ofelita devotamente reza el santo rosario cotidiano, lo único que logra hacer con coherencia, lucidez y en español, claro está. Quién sabe si la Santísima Virgen se apiadó de ella y la alejó de una vez por todas de su vida llena de sufrimiento. Extraño es en verdad, pero ahora es mucho más bonita y lozana que antes, ya no usa palabras soeces ni es violenta en lo más mínimo; su último exabrupto fue con los dos diputados. Ahora se cambió el apellido y se hace llamar Lady Ofelia Newtomb, muy simbólico el cambio en la grafía de su apellido, por cierto. Ahora sí se parece mucho más a la Ofelia de Hamlet, pero a diferencia de esta ya no quiere ni piensa en suicidarse....

Sucede que el diablo mete la nariz en donde no se le pide. Algunas personas piadosas suelen tener un conocimiento y una fe un tanto, por no decir que muy mágicos, alejados de todo contenido teológico, o una lectura de la Biblia coherente y rica. Ni siquiera osan cuestionarse nada de Dios y cuando alguien les dice algo, sencillamente lo ignoran o mejor, un “andate a la mierda, polo ignorante” basta. Por eso, en un día de lluvia, cuando miraba con dificultad por el vidrio sucio y terriblemente empañado de su ventana, vio de súbito a dos jóvenes muy empapados también que la miraban como petrificados desde la acera: eran dos predicadores, de esos que vienen a hacer su misión en estas “banana republics”. Algo se le movió a Ofelita dentro de sus entrañas, algo que hacía tiempo no experimentaba: deseo incontrolable por un hombre, en especial joven, porque todos los que había tenido pasaban de los cuarenta, cuando ella era todavía muy joven. Como impulsada por un resorte, se puso en pie y se dirigió a la puerta, la abrió y

los llamó. Allí, estaban ambos, muy blancos, rubios, regordetes y sonrientes. Le hablaron en un español muy malo. Ella les contestó en perfecto inglés. Los invitó a pasar, y allí, en esa tarde de lluvia, sucedieron muchas cosas, pero muchas muchas cosas, incluso un cambio de religión. Todo en la vida de Ofelita es una mentira y una falsedad, nada es sólido, sino evanescente y rápido como el viento que sopla fugaz en diciembre. Pero ese día en particular fue feliz... hacía mucho tiempo que no tenía sexo, rico sexo y nada menos que con dos jóvenes. Todo lo que creía y sentía de su religión se fue al diablo, sí, al mismísimo diablo. Se marchó de Costa Rica, invitada a vivir con su hija y su nieta, en una gran ciudad del sur de Estados Unidos. La nueva fe y la iglesia esa la mantienen, le dan dinero y para comer, sobran las latas de comida ya vencidas algunas, pero que ella acepta gustosa y humildemente. Incluso le facilitaron un carro, viejo y desvencijado, que circula bien por las autopistas de su ciudad. Su vida transcurre lenta y aburrida, hablando soezmente con su hija y nieta, a quienes conmina a gritos, en una mezcla de español e inglés. Para variar, algunas veces la visita algún miembro de la iglesia esa, para ver si está bien. Por supuesto que sí está bien, al menos por fuera; ella siempre y, a pesar de todo, es un encanto... de mujer.

Barrio Vasconia, jueves 29 de febrero del 2008, martes 19 de julio del 2011.

Notas

- 1 N.A. Al final hay un apéndice con la traducción de los textos en inglés.
- 2 La Resistencia
- 3 ¡Pobrecita!
- 4 “correrse” significa estar loco.
- 5 Más o menos “Lady Ofelia hoy vuelve todo patas arriba”.

Apéndice

Traducción de la conversación de Ofelita con la enfermera Albertine Henderson, en el hospital de la Zona del Canal.

Mrs. H. –Buenos días, señora. Soy la señora Henderson, enfermera y trabajadora social, y me han asignado su caso. ¿Usted habla inglés, no?

O. –Perfectamente, señora Henderson. ¿Tendría la amabilidad de explicarme por qué estoy aquí?

Mrs. H. –Usted trató de suicidarse... con muchas pastillas. Casi se muere. Estuvo muy cerca de morir, pero tuvo suerte. La trajeron unos soldados que la encontraron tirada en la carretera, hace unos días. Esto es la Zona del Canal de Panamá. Este es un hospital militar. Entiendo que está casada con el señor John Newtome, un ciudadano norteamericano.

O. –Sí, ese pedazo de mierda... ¿Dónde está? El bastardo ese. ¿Está en el infierno ya?

Mr. H. -Quisiera pedirle que por favor evite aquí usar lenguaje inapropiado.

O. –Lo que sea...

Mrs. H. -Había algunas identificaciones en sus bolsillos, pero necesito hacerle otras preguntas: ¿es usted ciudadana norteamericana?

O. –Quisiera serlo. Estoy tratando de serlo algún día. Soy costarricense.

Mrs. H. –Ya veo. ¿Dónde nació?

O.-En San José.

Mrs. H.-¿De California?

Mrs. H. –Señora, ¿Es usted bruta o qué? Le he dicho que nací en Costa Rica. ¿Alguna vez aprendió algo de geografía en el colegio?

Mrs. H.-Señora Newtome, usted me está haciendo esto muy, muy difícil.

O. -Bueno, entonces dígales que manden a alguien más inteligente...

Mrs. H.-Señora Newtome, ¿tiene alguna profesión?

O.-La más vieja de todas, señora: soy una perra, una cualquiera, una puta, llámelo de la manera que quiera.

Mrs. H.-Ya veo. ¿Dónde aprendió su buen inglés?

O.-¿Dónde más? Follando gringos ricos por allí.

Mrs. H. -Señora Newtome, me temo que vamos a tener que posponer esta conversación para otro momento. Tal vez mañana, cuando se sienta mejor.

O. –Como quiera... Gracias de todas formas, señora. Lo siento, pero me siento muy mal y no me acuerdo de nada. No quiero contestar ninguna pregunta ahora.

Mrs. H.-Adiós por ahora, señora Newtome.